

Esteban y Pedro

Dos personas que piensan diferente

Por José M. Ciampagna

Esteban Albornoz nació en Buenos Aires el 30 de junio de 1967, en el seno de una familia de clase media acomodada. Su padre, un abogado de renombre y dirigente del partido radical, fue una figura imponente en su vida. Desde pequeño, Esteban creció bajo la sombra de las expectativas familiares, algo que moldeó su carácter y sus decisiones, aunque siempre intentó trazar su propio camino. Hincha de River Plate, heredó de su padre no solo la camiseta de la banda roja, sino también un asiento en la platea, donde aprendió a saborear las victorias y aceptar las derrotas, lecciones que después aplicaría a la vida.

La educación pública marcó sus primeros años, pero fue en el colegio Guadalupe, un tradicional colegio de curas en Palermo, donde su carácter comenzó a definirse. En sus años de estudiante de arquitectura en la Universidad de Buenos Aires, Esteban se destacó no solo por su talento, sino por su perseverancia. Siempre ambicioso y metódico, se graduó a los 24 años en 1991, decidido a dejar una huella en el mundo de la construcción. Al poco tiempo, consiguió una beca para trabajar en Loza, compañía que producía ladrillos y empresa que formaba parte del grupo Techint, un logro que cimentaría su futuro profesional.

Durante sus años de juventud, Esteban se definía como un hombre pragmático, enfocado en sus metas, a veces a expensas de su vida emocional. Vivió con sus padres hasta los 30 años en un departamento sobre Avenida Cabildo, en parte por comodidad y en parte por el fuerte vínculo con su madre, que siempre había sido su apoyo silencioso. La independencia llegó tarde, pero cuando se mudó a Palermo, en la calle Coronel Díaz, sintió que empezaba a construir su propia vida.

El trabajo le exigía mucho, y durante años la soltería fue una constante, hasta que conoció a Ana. Su relación, aunque tardía, fue intensa, y juntos compartieron una década de vida, dos hijas —Paula y Cecilia—, y un hogar que construyeron con esfuerzo. Esteban, sin embargo, siempre se sintió un poco atrapado entre su ambición profesional y las demandas familiares, lo que eventualmente llevó al desgaste de la pareja. La separación fue amigable, pero le dejó una huella profunda; su vida, por más estructurada que pareciera, carecía de algo esencial que aún no podía definir.

Con el tiempo, Esteban se hizo de un nombre en Loza, donde alcanzó un puesto gerencial tras realizar una maestría en administración. Su éxito profesional le permitió mejorar su estilo de vida: adquirió un departamento en Barrancas de Belgrano y

condujo un SUV importado, símbolos del estatus que tanto había buscado. A pesar de su éxito, a veces se preguntaba si todo ese progreso material compensaba los sacrificios personales que había hecho en el camino.

Tres años después de su separación de Ana, conoció a Marta, una colega de la facultad con quien había vivido un romance juvenil. Marta, algunos años mayor que él, era una mujer independiente, decidida, y con una carrera consolidada. Esteban se sintió atraído por su fortaleza y su historia compartida. La relación con Marta le trajo nuevas expectativas y desafíos. Aunque ambos seguían viviendo en sus respectivos departamentos, hablaban de un futuro juntos, un futuro que para Esteban estaba lleno de incertidumbres.

—¿Era Marta una oportunidad para redescubrirse o solo una forma de revivir el pasado? — se auto preguntaba a menudo.

En la superficie, Esteban lo tenía todo: éxito, estabilidad, una familia bien formada. Pero en sus momentos de introspección, cuando el bullicio del día a día se apagaba, se preguntaba si había alcanzado lo que realmente importaba o si su vida, en su obsesión por el orden y el progreso, había olvidado el placer de lo simple.

...

Pedro Álvarez nació el 10 de junio de 1960 en Floresta, un barrio tradicional del oeste de la Ciudad de Buenos Aires. Creció en el seno de una familia trabajadora, donde el esfuerzo diario era la única opción para salir adelante. Su padre, mozo de profesión, trabajaba 12 horas diarias en distintos restaurantes de la capital. Era un hombre de pocas palabras, pero con una ética de trabajo inquebrantable. Hincha fanático de Boca Juniors, cada fin de semana era un ritual llevar a Pedro a la Bombonera, donde compartían una pasión incondicional por el azul y amarillo, y por supuesto, por Maradona.

Pedro creció en las calles de Floresta, donde se forjó una astucia propia de quienes aprenden más del día a día que de los libros. Nunca fue amante del estudio; con dificultades terminó el secundario, y su padre, firme, pero con cariño, le dio un ultimátum:

"O estudias o trabajas, pero en esta casa no hay lugar para vagos."

Pedro no lo dudó: eligió trabajar. Así fue como su tío, dueño de un pequeño taller de alineado y balanceo, lo incorporó a su negocio. Pedro absorbió rápidamente las habilidades del oficio, mostrando una inteligencia práctica que lo diferenciaba.

Cuando su tío falleció, un hombre soltero sin herederos, Pedro tomó las riendas del taller y lo transformó en su propio proyecto.

A pesar de no tener estudios universitarios, supo cómo sacar adelante el negocio. Su carisma, picardía criolla y comprensión de las necesidades de sus clientes lo convirtieron en un mecánico respetado en la zona. Las paredes del taller, pintadas de azul y amarillo, no solo eran una declaración de su fanatismo por Boca, sino también un símbolo de su identidad: Pedro era fiel a sus raíces y a su manera de entender la vida. Con astucia manejó los números y supo invertir bien sus ganancias, logrando hacer crecer el negocio de manera constante.

En su vida personal, Pedro encontró estabilidad con **María**, una maestra que, después de un matrimonio fallido, con él logró rehacer su vida. María, una mujer de carácter tranquilo, pero fuerte, había pasado por muchos desafíos antes de poder divorciarse y quedarse con la custodia de su hija. Pedro, lejos de ver en la hija de María un obstáculo, la acogió como suya desde el principio, tratándola con el mismo cariño que a los dos hijos que tuvo con María más adelante. En casa, Pedro es el padre protector e incondicional que siempre pone a su familia en primer lugar, ofreciendo todo lo que está a su alcance para que no les falte nada.

Aunque su matrimonio con María es tradicional en muchos aspectos, hay algo en la relación que muestra la dinámica de una pareja que ha encontrado un equilibrio: María, aunque es sumisa en ciertas cosas, sabe manejar los berrinches de Pedro, sus salidas a la cancha y su carácter a veces testarudo. Lo ama con sus defectos y virtudes, y en él ha encontrado la estabilidad que buscaba.

Sin embargo, detrás de su imagen de "laburante" y hombre sencillo, Pedro carga con sus propias frustraciones. En más de una ocasión, se ha preguntado si podría haber hecho algo más con su vida, si estudiar habría sido una mejor opción. Estas preguntas suelen aparecer en sus momentos de soledad, pero rápidamente se sacude los pensamientos: para Pedro, la vida es más simple que eso. Mientras su taller funcione, su familia esté bien y Boca gane, su mundo sigue girando.

...

Fue en Venado Tuerto donde Pedro y Esteban se encontraron por primera vez en un encuentro que ninguno de los dos olvidaría. Coincidieron circunstancialmente en el bar de una estación de servicio. Ambas familias detenidas en el largo viaje hacia Mendoza iban de vacaciones, pero sus planes se vieron interrumpidos por un corte de ruta organizado por ruralistas, en protesta por el aumento de las retenciones a los granos. La Ruta 8 estaba bloqueada, y no había más remedio que esperar.

El calor del mediodía, sumado a la tensión del viaje truncado, hizo que todos buscaran refugio en el bar. Esteban y Pedro, entre el bullicio de camioneros y otros viajeros frustrados, se encontraron en la fila para pedir el almuerzo. Las primeras palabras entre ellos fueron rápidas, casi indiferentes, pero pronto la conversación se derivó a un ámbito peligroso: la política.

Esteban, con su porte de hombre de ciudad, exitoso y convencido de su posición, no pudo evitar expresar su descontento por el corte de ruta. Para él, los ruralistas eran irresponsables por afectar el país con sus protestas. **Pedro**, siempre directo y sin vueltas, no tardó en defender la medida. La discusión estalló de forma inevitable.

Mientras esperaban sus comidas, las palabras entre ambos se fueron elevando de tono. Esteban, de inclinación peronista, empezó a defender las políticas de retenciones al campo para superar el estancamiento del país, mientras Pedro, con sus raíces más ligadas al liberalismo, defendía con vehemencia el derecho a protestar de los ruralistas. **La grieta** que aquejaba a todo el país se materializó entre los dos hombres, en ese pequeño bar, bajo la mirada atenta y tensa de sus familias.

A medida que los argumentos se tornaban más ásperos, las palabras se convirtieron en acusaciones personales. Esteban, con su formación universitaria y su éxito económico, no podía entender cómo alguien como Pedro, un hombre de trabajo práctico y callejero, podía defender a los ruralistas.

Durante la acalorada discusión, Esteban se sentía arrastrado por una ira que no podía explicar. No solo era el bloqueo ruralista o el desacuerdo con Pedro, sino también algo más profundo. En su mente, el rostro de su padre, un abogado y dirigente del partido radical, aparecía constantemente. Recordaba cómo su padre siempre le señalaba la relevancia de mantener el orden y la estabilidad, de confiar en las instituciones. Esteban admiraba a su padre, pero también había experimentado la presión de sus expectativas durante su infancia y juventud. Además, como joven rebelde, ¿había elegido la carrera de arquitectura para probarse a sí mismo y contradecir a su padre que lo quería abogado? Por otro lado, era consciente de que su madre tenía simpatía por Evita Perón, ella le había obsequiado su primera máquina de coser. Aquellos principios que había adoptado sin reflexionar ahora pesaban como una carga y en ese preciso momento, en medio de la discusión, se daba cuenta de que, de alguna manera, seguía siendo la sombra de las simpatías de su madre lo que más pesaba. ¿Estaba defendiendo al gobierno por convicción propia o por la lealtad a una figura materna que lo protegía siempre?

Pedro, por otra parte, veía a Esteban como un "tilingo" de Buenos Aires, que hablaban de política desde el confort de sus oficinas, sin saber lo que era luchar día a día en un taller. Por su parte, sentía de la misma manera algo que iba más allá de la política. Mientras discutía, recordaba las palabras de ese hombre que había trabajado hasta el cansancio como mozo en la Capital: su padre. "La calle te enseña todo lo que

necesitas saber", le había dicho una y otra vez. Pedro, que nunca había sentido la inclinación por los libros ni por los estudios formales, siempre había confiado en esa sabiduría de la calle. La cancha, el taller, sus amigos de toda la vida ,..., además admiraba la simpleza de la gente de campo, todo eso formaba parte de lo que él creía entender del mundo. Sin embargo, en ese momento, al enfrentarse a Esteban, un hombre educado y con un título universitario, se preguntaba si alguna vez había cuestionado lo que defendía.

¿Estaba tan seguro de que la causa ruralista era justa, o simplemente repetía las ideas que escuchaba en el taller de los clientes? ¿Había sido su apego al "sentido común" una excusa para evitar el esfuerzo de pensar en profundidad?

La discusión prosiguió en las mesas, eran pocas las que quedaban, no había lugar en el bar y se acomodaron ambas familias en ubicaciones vecinas. Así fue que siguió la controversia desde sus lugares y los gestos se endurecieron, las palabras se volvieron cortantes. Se gritaban de mesa a mesa. "Vos, con tus ideas de café, no sabes lo que es laburar de verdad," espetó Pedro. "Y vos, justificando a esa manga de corruptos llenos de guita del pueblo que nos arruinan a todos," replicó Esteban, con una frialdad que parecía más peligrosa que cualquier grito.

El calor dentro del bar "San Bernardo" se hacía cada vez más pesado, como si el ambiente cargado de tensión política estuviera sofocando el aire. Esteban, con el ceño fruncido, golpeó la mesa con la mano abierta, derramando un poco del café que aún no había terminado. Pedro, con los ojos entrecerrados, cruzó los brazos, mientras los colores de Boca en su camiseta parecían intensificar la hostilidad del momento.

—¡No entendés nada, Esteban! —exclamó Pedro, levantando la voz—. ¡Estos tipos nos están ahogando con impuestos! ¡El país no puede progresar si seguimos asfixiando a los que trabajan la tierra!

—¿Trabajar la tierra? —respondió Esteban con sarcasmo, sin esconder su desdén—. ¡No me vengas con ese cuento! La tierra la trabajan los peones, los que sudan, no los que se enriquecen a costa de ellos. ¡Los ruralistas solo piensan en sus bolsillos!

El murmullo en el bar se había detenido por completo. Todos los ojos estaban fijos en ellos, en especial los de sus familias, que observaban preocupados. Las manos de Marta, la nueva pareja de Esteban, temblaban mientras trataba de calmar a sus hijas. María, la esposa de Pedro, miraba con ojos suplicantes, sabiendo que intervenir solo podría empeorar las cosas.

De repente, desde fuera del bar, un ruido estruendoso interrumpió la escena llamando la atención de todos. Era el sonido de los piquetes de los ruralistas que bloqueaban la ruta a lo lejos y manifestantes golpeando sus cacerolas y vehículos, haciendo vibrar el aire con su furia. La sensación de encierro y frustración escaló rápidamente, en ambos sentidos.

Pedro, impulsado por la adrenalina del momento, se puso de pie violentamente y señaló a Esteban con el dedo.

—¡Vos y los tuyos son los culpables de que el país esté parado! —gritó, mientras su voz se quebraba en una mezcla de enojo y resentimiento—. ¡Nosotros estamos peleando por lo que es justo!

Esteban se levantó también, y aunque su estatura no intimidaba, su tono grave hizo que Pedro retrocediera ligeramente.

—¿Justo? ¡Lo justo sería que los que tienen todo compartan un poco más! —espetó— ¡Siempre lo mismo con ustedes, siempre llorando, siempre exigiendo más y más!

La tensión en el aire era palpable. Por un segundo, ambos parecían estar al borde de la violencia física. Fue en ese instante preciso cuando la puerta del bar se abrió de golpe. Un grupo de manifestantes ingresó, algunos con las caras enrojecidas por el calor y la frustración de la protesta. Uno de ellos, un hombre robusto con una camisa sucia de polvo y sudor, se acercó a las mesas de Esteban y Pedro. Su voz, profunda y áspera, resonó en el pequeño bar.

—¿Ustedes de qué lado están? —preguntó sin rodeos, mirando a ambos hombres como si pudiera adivinar sus posturas políticas con solo verlos.

El silencio fue inmediato. Pedro y Esteban intercambiaron una mirada fugaz. Por un momento, la verdadera grieta no fue entre ellos, sino entre ellos y lo que los rodeaba. Ambos sintieron el peso de esa división que se había instalado en el país, que había fragmentado familias y amistades, y ahora, en ese pequeño bar en Venado Tuerto, los enfrentaba como enemigos.

...

La moza se acercó, con un gesto nervioso, al intentar servirle la segunda grapa a Ángel Salvatierra, quien seguía la escena desde su mesa habitual. El ex profesor, intrigado y algo preocupado, se acariciaba la barba mientras observaba los gestos de los dos hombres. Ya había visto discusiones antes, pero algo en esta lo hacía sentir una especie de destino inevitable de lo que estaba en juego.

Antes de terminar su grapa, el profesor se levantó de su asiento, con la tranquilidad propia de alguien que ha visto muchas de estas batallas en su vida.

Avanzó lentamente hacia la mesa, sus pasos sonaban ligeros pero decididos.

...

Ángel Salvatierra, un hombre que cargaba con la serenidad y las dudas propias de su edad, solía pasar sus mañanas en el **bar San Bernardo**, un lugar sencillo pero acogedor, adyacente a la estación de servicio de **Venado Tuerto**. A sus 76 años, Ángel había encontrado en la rutina un refugio frente a la agitación de la vida. Era habitué del bar, un rincón que le ofrecía la tranquilidad necesaria para leer el matutino del día acompañado de un café y su inconfundible copita de grapa, que, según él, "ayudaba a pensar".

Ángel había sido **abogado y profesor de filosofía** en el colegio secundario **Hannah Arendt** de la ciudad, donde enseñó durante años antes de jubilarse. En los últimos semestres, tras años de dedicarse al derecho, decidió impartir filosofía, una disciplina que consideraba su verdadera pasión. Aunque ya no necesitaba trabajar, sentía que tenía una deuda con la Nación. Para él, la educación pública que había recibido era un regalo que debía devolver, y decidió hacerlo dando clases de manera gratuita, como una forma de retribuir lo que la sociedad le había brindado.

Sentado en el bar, con la segunda grapa por tomar, **Salvatierra** meditaba sobre una frase que había leído del filósofo existencialista **Jean-Paul Sartre** esa misma mañana en el periódico, la cita decía:

"Cada hombre es lo que hace con lo que hicieron de él."

El enunciado lo había perturbado más de lo que esperaba. Lo había leído varias veces, intentando desentrañar su verdadero significado. Con su inclinación natural hacia la reflexión, Ángel empezó a revisar su propia vida a través del prisma de esa frase. A medida que se sumergía en sus recuerdos, se preguntaba si había vivido una existencia realmente auténtica o si, como decía Sartre, había sido un mero producto de su entorno: sus padres, su educación, las influencias sociopolíticas y las expectativas impuestas por el tiempo y lugar en que le tocó vivir.

Con cada sorbo de café , las preguntas se volvían más intensas.

¿Había hablado alguna vez con su propia voz o simplemente había repetido ideas ajenas?

¿Cuántos de sus pensamientos eran genuinamente suyos, y cuántos habían sido absorbidos, como si su mente fuera una esponja que, sin análisis crítico, se empapaba de las voces de otros?

Ángel había sido educado en un entorno donde la verdad no se cuestionaba, donde todo parecía tener una certeza inquebrantable. Sin embargo, los años le habían

enseñado que la realidad era mucho más compleja de lo que le habían impartido en su juventud. Ahora, ya retirado y con tiempo para pensar, se encontraba atrapado en un mar de dudas. A pesar de sus reticencias iniciales, debía admitir que Sartre tenía razón. Había seguido, sin darse cuenta, el camino que le habían marcado, y ahora se preguntaba si alguna vez había elegido realmente o si simplemente se había dejado llevar por la corriente.

En ese momento de profunda introspección, la acalorada discusión irrumpió en su meditación. Miró hacia las mesas vecinas y vio a los dos hombres, **Esteban** y **Pedro**, enfrascados en una violenta pelea verbal. Las palabras que intercambiaban estaban cargadas de resentimiento político, cada uno defendiendo su postura con una furia que iba más allá de lo racional. Rápidamente, hizo una radiografía de ambos por sus apariencias, sumado a la experiencia y lo escuchado: **Esteban**, era un porteño, arquitecto exitoso y educado, y **Pedro**, un mecánico astuto y de barrio, representaban dos mundos opuestos, separados por lo que se había dado en llamar **la grieta**.

Ángel, testigo de tantas disputas a lo largo de su vida, no podía evitar sentirse atraído por lo que ocurría. Mientras observaba la escena, pensaba en cómo la frase de Sartre también aplicaba a estos dos hombres. Ambos estaban atrapados en lo que habían hecho de ellos: sus historias, sus ideologías, las circunstancias que los habían moldeado. Cada uno defendía con vehemencia lo que consideraba su verdad, sin darse cuenta de que tal vez no eran más que reflejos de las influencias que habían absorbido durante toda su vida.

...

—Señores, disculpen mi intromisión —dijo con voz firme pero calmada—. ¿No se dan cuenta de que están peleando por las palabras de otros? Ni ustedes ni los que están afuera tienen la culpa de este caos. La culpa es de un sistema que nos divide y nos enfrenta. Pero ustedes, Esteban y Pedro, tienen la capacidad de pensar, de razonar.

—*¿Por qué dejar que el enojo les gane?*, agregó

Los dos hombres miraron a Ángel Salvatierra sorprendidos, como si por un momento, la voz del anciano los hubiera arrancado de la vorágine en la que estaban inmersos. El manifestante robusto también estaba atónico con la intervención del viejo, desconcertado por la calma del hombre mayor, pero no dijo nada.

Las familias, incómodas y asustadas, intentaban calmar los ánimos. **Ana**, la ex de Esteban, trataba de bajarle el tono, mientras **María**, esposa de Pedro, tironeaba de su brazo para hacerlo entrar en razón. Pero la chispa de la grieta argentina había prendido fuerte entre ambos hombres, y no parecía haber vuelta atrás. Las mujeres

seguían temiendo que pasaran de las palabras a los golpes, mientras los hijos observaban en silencio, perplejos por el nivel de agresión que nunca habían visto en sus padres.

Los dos hombres se miraron y lo miraron sorprendidos, como si, por un momento, la voz del anciano los hubiera arrancado de la vorágine en la que estaban inmersos. El manifestante robusto miró a Salvatierra, desconcertado por la calma del hombre mayor, pero no dijo nada. Se dio la vuelta y salió del bar sin más palabras, seguido por los otros. Y concurrentemente, tras varios minutos de las tensiones crecientes, el dueño del bar, cansado de la situación, se animó a intervenir.

"Muchachos, ¡a calmarse o afuera!"

La advertencia fue suficiente para que ambos, a regañadientes, bajaran el tono de la discusión. A pesar de la pausa forzada, el resentimiento quedó flotando en el aire, como una herida abierta que tardaría en cicatrizar.

Esteban y Pedro, aun respirando agitados, se miraron de nuevo, pero esta vez no con hostilidad, sino con una extraña mezcla de reconocimiento y agotamiento.

—Quizás... quizás podamos hablar más tranquilos, otro día —murmuró Esteban, visiblemente más relajado. Pedro asintió, bajando la mirada, y se dejó caer de nuevo en la silla, como si el peso de la discusión le hubiera drenado toda la energía.

...

En su rol de **mediador**, Ángel reconoció y lamentó su impulso natural de intervenir, de tratar de calmar los ánimos, pero también especuló con que, en un conflicto como ese, las palabras muchas veces eran insuficientes.

Mientras las familias intentaban controlar la situación, Ángel observaba con una mezcla de tristeza y resignación. En la vida, había aprendido que no todas las batallas podían ganarse con argumentos racionales. Algunas veces, las raíces de las peleas estaban tan profundamente enterradas en las historias personales y que cualquier intento de mediación resultaba inútil.

Sin embargo, la escena quedó grabada en su mente. La pelea entre Esteban y Pedro, dos hombres que nunca se habrían cruzado de no ser por ese bloqueo de ruta, lo hizo reflexionar aún más sobre su propia vida.

¿Cuántas veces había peleado por ideas que ni siquiera eran suyas?

¿Cuántas veces había defendido con fervor algo que simplemente había heredado?

...

Luego de otro sorbo de café, Ángel mordió su medialuna, bebió un trago de soda y, pidiendo la tercera grapa, miró la acalorada discusión que lo perturbaba.

Y reflexionó:

"¿Qué formación tendrán estos hombres para sostener un entredicho tan violento?"

"¿No estarán simplemente repitiendo, como loros, las palabras de otros?"

Intrigado, le comentó a la moza:

—El peronista no parece peronista. En este caso las apariencias engañan. Tampoco el mecánico, al fin un obrero, defendiendo a los ruralistas.

La moza, que ya lo conocía bien, asintió con una sonrisa, pero no dudó en sugerirle con cariño:

—Don Ángel, ¿qué le parece si dejamos la tercera grapa para mañana?

Mientras tanto, Esteban y Pedro, esos personajes antagónicos, hinchas de River y de Boca, uno de Cambiemos y el otro kirchnerista de Juntos por la Patria , seguían inmersos en su debate, como si no existiera más mundo que su diferencia política. Ambos, sin embargo, tenían algo en común: el privilegio de poder reflexionar y, en última instancia, digerir críticamente lo que la vida había hecho de ellos. La libertad les permitió elegir su propia posición política, aunque fuese en extremos opuestos.

Esteban, defendiendo al gobierno; y Pedro, a los ruralistas.

¿Era una contradicción? Quizá no tanto. La vida, después de todo, está llena de paradojas.

Mientras tanto, el bar volvía a su bullicio habitual, Ángel se levantó lentamente, dejó algunas monedas en la mesa y se fue caminando a casa, con las preguntas aun rondando por su mente.

Al día siguiente, con la ruta ya liberada, las dos familias retomaron su viaje, listas para disfrutar de unas merecidas vacaciones en Mendoza. Mientras Paula y Cecilia, las

hijas de Esteban, aburridas del viaje le preguntaban a su padre qué pensaba de Milei. El evitó la respuesta.

Ese mismo día, nuestro profesor de Filosofía, Ángel Salvatierra, pasó nuevamente por el bar San Bernardo. Después de su ritual con café y grapa, se dirigió con corbata impecable a recibir una medalla por los servicios prestados en el colegio Hannah Arendt, un homenaje tardío que lo encontró aún con la frase de Sartre rondando en su mente:

"Cada hombre es lo que hace con lo que hicieron de él!"

...

Epílogo

Días después de su regreso de vacaciones, Esteban no podía dejar de pensar en aquella discusión. ¿Qué había ganado con todo eso? Mientras repasaba las fotos del viaje con sus hijas, se dio cuenta de que la pelea con Pedro había sido un episodio menor comparado con la alegría de haber compartido ese tiempo con su familia. Pero había algo que no lo dejaba tranquilo. Un día, decidió buscar a Pedro en redes sociales, impulsado por una extraña mezcla de curiosidad y arrepentimiento. No es que quisiera cambiar de bando, pero una parte de él se daba cuenta de que, más allá de la política, ambos compartían una experiencia de vida más cercana de lo que pensaba. A fin de cuentas, los dos eran padres preocupados por el futuro de sus hijos, por el bienestar de sus familias, de su trabajo, y por construir una vida mejor a su manera.

Por su parte, Pedro no hablaba mucho de la discusión en la estación, pero de alguna forma, aquella conversación había sembrado en él una inquietud. Comenzó a prestar más atención a las noticias y a los debates en la televisión. Mientras trabajaba en el taller, se sorprendía a sí mismo considerando algunos de los puntos que Esteban había mencionado, aunque no estaba dispuesto a admitirlo abiertamente.

...

**Discurso de Ángel Salvatierra al recibir la medalla
en el colegio "Hannah Arendt":**

Queridos colegas, alumnos y amigos,

Es un honor para mí estar hoy aquí, recibiendo este reconocimiento. Agradezco profundamente esta medalla, aunque confieso que nunca trabajé esperando premios ni distinciones. Mi trabajo como docente fue mi verdadera recompensa.

Durante mis años enseñando, he tratado de transmitir a mis estudiantes algo más que conocimientos académicos; he intentado despertar en ellos el espíritu crítico, esa chispa que nos invita a preguntarnos el porqué de las cosas. Como decía la filósofa a quien este colegio honra con su nombre, '*El pensamiento crítico comienza cuando aprendemos a cuestionar lo evidente*'. Y eso es lo que siempre he buscado: que ustedes, jóvenes, no acepten las verdades como si fueran inamovibles. Que duden, que pregunten, que desafíen.

En mi vida, he tenido momentos de certeza y muchos de duda. A menudo me he preguntado si estaba viviendo según mis propias convicciones o simplemente siguiendo el rumbo marcado por otros. Creo que, al final, lo importante no es encontrar respuestas definitivas, sino tener la valentía de hacer las preguntas correctas.

Hoy en día, vivimos tiempos de polarización, donde las ideas parecen enfrentarse como si fueran campos de batalla. Pero he aprendido, quizá algo tarde, que más importante que ganar una discusión es poder escuchar al otro, comprender su punto de vista, aunque no lo compartamos.

Esta medalla que hoy recibo no es solo un símbolo de los años que he dedicado a esta noble tarea. Es también un recordatorio de que, aunque me aleje de las aulas, mi tarea como educador nunca termina. Porque enseñar no es solo un acto de transmisión de conocimientos; es un acto de humanidad. Y mientras tengamos la capacidad de enseñar y aprender unos de otros, seguiremos construyendo una sociedad más justa, más consciente y, ojalá, más comprensiva.

Gracias a todos ustedes por acompañarme en este camino. A mis colegas, por su apoyo y compañerismo. A mis alumnos, por enseñarme tanto como yo a ellos. Y a la vida, por permitirme seguir aquí, con la oportunidad de aprender algo nuevo cada día."

Ángel Salvatierra

...